

Miguel Amaro Ramírez

* El Romeral (Toledo) - 8 mayo 1883
† Toledo - 2 agosto 1936

D. Miguel nació en El Romeral, provincia y diócesis de Toledo, el 8 de mayo de 1883. Cuando tenía dos años, sufrió varias desgracias. Efectivamente, en el año 1885 murieron todos sus hermanos, y su madre perdió la razón y fue ingresada en un manicomio. El pequeño Miguel fue educado por su tía Josefa, hermana de su padre, en Herencia (Ciudad Real).

Ingresó en el Seminario de Toledo el año 1896, examinándose de ingreso, primero y segundo curso de latín y humanidades. En el Seminario se distinguió por su inteligencia, pero más por su bondad... Los profesores lo proponían como modelo de aplicación a los demás. Formaba, con D. Pedro Ruiz de los Paños, futuro Director General de la Hermandad y mártir, ya beatificado, y con D. Ignacio Arenas, que murió en Segovia siendo Rector de aquel Seminario, un grupo de alumnos que destacaban por su espiritualidad y por sus dotes intelectuales.

En el Seminario de Toledo estudió hasta segundo de teología inclusive. Los últimos cursos los hizo en Cuenca, donde trabajó como auxiliar de los sacerdotes operarios, que dirigían el Colegio de San Pablo para vocaciones eclesiásticas.

Estando en Cuenca recibió el sacramento del presbiterado el 9 de junio de 1906 de manos del Obispo de la diócesis, Mons. Wenceslao Sangüesa y Guía. Eel 17 de junio celebró su primera misa en Herencia (Ciudad Real), donde pasó su infancia con sus tías. El 12 de agosto de 1906 se consagró a la Hermandad.

Desde 1907 hasta 1926 estuvo en el Seminario de Toledo, primero como prefecto y más tarde como administrador. Dejó una

profunda huella en los sacerdotes de aquellas generaciones. Era el amigo con los brazos abiertos para todos, un hombre humilde que atraía a todos por su bondad.

D. Miguel era muy popular en Toledo. Unánimemente, sacerdotes y no sacerdotes le querían, gustaban de su trato agradable y sencillo, y alababan sus singulares virtudes sacerdotales.

En 1913 D. Benjamín Miñana, Director general de la Hermandad, quiso nombrarlo director del Colegio de San José de Toledo y al curso siguiente intentó hacerle padre espiritual del mismo. D. Miguel declinó ambos cargos por humildad... en palabras suyas, por "sentirse incapaz" de echar sobre sus hombros carga tan pesada, pues decía "me faltan las fuerzas físicas, intelectuales y morales que ese cargo exige".

En octubre de 1926, no tuvo más remedio que aceptar el cargo de director del Colegio de San José de Valencia. D. Miguel decía entonces: «Estoy dispuesto a todo y sólo una indicación del superior es para mí un mandato y, por tanto, como tal lo recibo»

En el Colegio de Valencia conoció los primeros ataques de la persecución religiosa, ya que, antes de que se cumpliera un mes desde la implantación de la República, comenzaron los incendios y saqueos de iglesias, conventos e instituciones religiosas. El 11 de mayo de 1931 se presentía inminente el peligro en un ambiente cargado de odio a la religión. D. Miguel envió a casa a los colegiales, mandó salir del Colegio a los operarios, retiró el Santísimo del Sagrario para evitar profanaciones, y se puso él mismo a reparo. Los manifestantes llegaron cinco o diez minutos después y estuvieron hasta las dos de la mañana rompiendo todo cuanto podía romperse y quemando colchones, mantas, sillas, pupitres, etc. El 21 de mayo le autorizaron de Capitanía general de Valencia para que el Colegio pudiera reanudar las calses pero no podían garantizarle la seguridad de las personas ni de las cosas. Así que dieron por terminado el curso.

Al 1931-1932 fue destinado al Seminario de León como rector. Trabajó, como siempre, con plena dedicación y entrega, y aún le quedaba tiempo, aprovechando las horas de clase, para atender a muchas personas en el confesionario. De hecho, cuando el hoy beato Pedro Ruiz de los Paños le informó de sus proyectos para fundar la congregación de Discípulas de Jesús, fue D. Miguel quien le

proporcionó las primeras vocaciones de entre sus dirigidas espirituales.

Desde León viajó a Toledo para acompañar a D. Pedro en la fundación de las Discípulas de Jesús, a quienes tenía citadas para el 20 de julio de 1936. No pudieron reunirse las futuras Discípulas porque el 18 de julio estalló la guerra. D. Miguel llegó a Toledo el mismo día 18 y se fue al Seminario con D. Pedro y otros operarios. Hablaba del martirio, que se presentía cercano, con mucha serenidad y aun con alegría, con sus compañeros.

El 22 de julio salieron todos del Seminario, por la noche, distribuidos en varios grupos. D. Miguel marchó solo y aquella noche se refugió en la casa del coadjutor de la iglesia de san Andrés, cerca del Seminario. Al día siguiente se fue a la casa de un gran amigo dispuesto a acogerlo, el señor Juan Manuel Zamorano, donde estuvo hasta el 2 de agosto.

A mediodía del día 23 se presentaron los milicianos para hacer un registro porque les habían dicho que en aquella casa estaban escondidos seis sacerdotes. El dueño les dijo que sólo tenía a un amigo y paisano. Uno de los milicianos, que había sido seminarista, reconoció a D. Miguel y exclamó: "¡Anda, si es don Miguel!". Y se marcharon sin detenerlo.

Cada día era más peligroso continuar allí. Además, dieron un bando, advirtiendo que matarían a todos los varones de las casas donde ocultaran a un sacerdote. D. Miguel sufría pensando que estaba comprometiendo a aquella familia con su presencia en la casa. Y el día 2 de agosto, cuando únicamente estaba en casa la esposa de su amigo, se marchó. Pensaba que no le resultaría difícil conseguir un salvoconducto para Madrid en el Gobierno civil donde tenía algunos amigos; pero unos milicianos lo reconocieron en la calle, lo detuvieron e inmediatamente lo llevaron al Paseo del Tránsito donde lo fusilaron, en el mismo lugar donde diez días antes habían sido martirizados D. Pedro Ruiz de los Paños y D. José Sala Picó.

Desde la casa de Maternidad, desde donde se veía perfectamente el lugar del fusilamiento, una de las enfermeras observó que pasaba un tropel de hombres. Se asomó a la ventana y vio, según testificó en su momento, que conducían, en medio de un horrible jolgorio, a un sacerdote que rezaba con un devocionario en las manos.

Avisó a una religiosa, que vestida de seglar seguía trabajando en la maternidad, quien, reconociendo a D. Miguel, exclamó: "Pero si ese hombre es un santo; y tiene que ser él, porque los demás ya no estaban allí".

Sus restos fueron enterrados en el cementerio de Argés (Toledo). Al acabar la guerra sus restos fueron exhumados y trasladados al cementerio de Toledo. A pesar de que su cabeza estaba dividia en dos, fueron reconocidos por la misma señora Paula, esposa de D. José Manuel Zambrano, que identificó sus ropas, y por el operario D. Romualdo Carrillo, alumno suyo.

En 1947 el cadáver de D. Miguel fue trasladado al mausoleo del Templo de Reparación de Tortosa, con los demás mártires de la Hermandad.

ORACIÓN PARA OBTENER GRACIAS

Padre de bondad,
que con la sangre de tus sacerdotes
Miguel Amaro Ramírez y compañeros,
fecundaste su labor apostólica,
orientada de manera especial a la formación sacerdotal,
concédenos, por su intercesión,
abundantes vocaciones para dispensar tus misterios,
fidelidad en el servicio de tu Reino,
y la gracia que te pedimos por su intercesión.
Por Jesucristo nuestro Señor. Amén.

Para comunicar gracias recibidas o enviar limosnas:

Sacerdoti Operai Diocesani
Via della Cava Aurelia, 145
I-00165 ROMA

Sacerdotes Operarios Diocesanos
Vallehermoso, 38, 1.º
E-28015 MADRID